

La Misa del Domingo

Semana V de Cuaresma

7 de abril de 2019

Isaías 43, 16 – 21. Salmo 125. Filipenses 3, 8 – 14. Juan 8, 1 – 11.

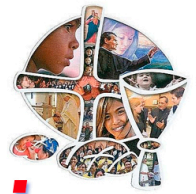
Este quinto domingo de cuaresma se nos presenta una nueva disputa de Jesús frente a los fariseos y escribas. Estos siguen tratando de buscar alguna manera de acusarlo para que sea condenado.

Pero hemos de fijarnos también en lo que nos relata el inicio del evangelio de hoy. Jesús se retira, se aleja de las tareas, del ruido, de la gente. Y va al monte de los olivos, se va a una zona para orar, para estar con Dios. Tal como hará tiempo después, cuando es apresado. Tiene confianza plena en Dios, y está con él todo el tiempo que puede.

Tras ello va al templo, lugar donde el pueblo acude a él. El pueblo le respeta y le valora. Sin que él les pida nada, ellos van a escuchar sus enseñanzas. Aquí tenemos un dato importante, porque nadie se acerca a alguien que enseña cosas sin valor. Pero la gente se acercaba a escuchar a Jesús, se agolpaban por estar con él, por atender y entender sus enseñanzas.

Es en este contexto en el que aparecen los fariseos y escribas, buscando comprometerle en un conflicto. Una mujer ha sido sorprendida en adulterio, y nos puede llamar la atención que no está el adúltero. Pero es el mensaje de Jesús lo importante. Somos personas acostumbradas a realizar juicios de las demás personas constantemente. Nos fijamos en el peinado de los demás, en su vestuario, en los gestos, sus bienes (casa, coche, ...), en sus costumbres, lo que consume, ... Y es que siempre tenemos la sensación de que como el otro hace las cosas de otra forma, es el otro el que falla, el que hace las cosas mal, el que no entiende nada, el que peca. Y debe ser reconducido al bien, el nuestro.

Sin embargo, Jesús nos muestra otra manera de mirar el mundo. Le insisten en que haga un juicio, y su respuesta es que nos miremos a nosotros mismos. Primero, miremos nuestro interior, juzguémonos y después ya veremos al otro. “El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra”.



La Misa del Domingo

Es en esos instantes cuando toda nuestra fuerza, nuestro afán y valentía se desmoronan. Uno si se contempla a sí mismo desde fuera, comprueba que no es digno de ser el juez de los otros, además solemos ser un juez nada compasivo. A los otros hay que juzgarlos con fuerza, dar un escarmiento, una lección.

Pero qué ocurre si ese al que vamos a juzgar somos nosotros. Entonces parece que nos entran dudas, tenemos miedos, conocemos muchas cosas de esta persona, y todo parecen atenuantes ante sus errores y fallos. Y sin embargo, ante los demás, aquellos de los que no tenemos demasiada información, no dudamos en juzgarlos y condenarlos. Nos resulta fácil, casi parece que lo pedimos a gritos.

Pues Jesús nos pide que no juzguemos, hemos de trabajar por ayudar al que está a nuestro lado y necesita ayuda. No hemos venido al mundo para condenar, sino para amar y ser misericordiosos con nuestro hermano. Hemos de enseñar el camino del amor y la misericordia, hemos de enseñar a no pecar más. Y este camino se comienza con el ejemplo, no hemos de pecar más. Y el primer pecado que realizamos es juzgar a todo aquel que está a nuestro lado.

Que como Dios, seamos capaces de convertirnos de corazón, porque Dios es compasivo y misericordioso, es nuestro ejemplo de vida, es nuestro camino real de vida.

Germán Rivas, sdb